



PROGRAMA 3

BRAHMS

Cuando escuchamos la melódica y en su mayor parte, apacible **Segunda Sinfonía** de **JOHANNES BRAHMS** no podemos imaginar que la obra pudiera ser el resultado de un conflictivo y forzado proceso creativo, como el que tuvo su antecesora, la Primera Sinfonía. Ya hemos comentado, en textos sobre otras obras de este gran compositor, que Brahms padecía “el síndrome de Beethoven”, es decir, ante la grandeza e innovación histórica que representaron las 9 sinfonías de este trascendental compositor, muchos autores del siglo XIX apenas abordaron el género o lo hicieron con relativa timidez, nunca intentando igualar, o mucho menos, superar el logro *beethoveniano*. No es otra la razón por la que las mayores obras o innovaciones del siglo XIX se dieron en otros géneros, por ejemplo, en la música para piano (Chopin, Liszt) y en la ópera (Wagner).

Para Brahms crear una sinfonía adquirió características traumáticas, al grado de que, prolífico e inspirado como era desde su temprana juventud, Brahms compuso numerosas obras para piano solo, música de cámara, lieder y obras corales a capella o algunas con orquesta. Sus coqueteos con la orquesta sinfónica se limitaban, precisamente a esquivar el camino recto y creó música en otros géneros, por supuesto, todas obras maestras como algunos de sus conciertos, las 2 oberturas y las 2 serenatas.

Cuando finalmente Brahms se decidió a terminar su Primera Sinfonía, proceso de elaboración que le tomó casi 20 años de trabajo periódico, ya contaba con 43 años. La Primera Sinfonía, estrenada en 1876, es un velado homenaje a Beethoven, casi como si le rindiera honores y le pidiera permiso. Fue una gran sinfonía, como lo son sus 4 obras del género, pero resultó también una obra ambiciosa, de mayor duración que sus posteriores sinfonías y con un monumental movimiento final.

En cambio la **Sinfonía núm. 2 en re mayor**, fue madurada, si fue el caso, apenas durante un año, y al siguiente verano fue escrita en una par de meses. Seguramente el contexto que lo rodeó entonces fue responsable del contenido de la misma: el límpido lago de Wörth en la Carintia austriaca y el luminoso y apacible paisaje que lo rodea están implícitos en la serenidad de los hermosos temas del Primer movimiento que desarrolla hasta ¡tres temas!, algo inusual en el mundo clásico y romántico, (que sólo Bruckner asumiría con mayor complejidad); un canto a la naturaleza, que junto con la mínima nostalgia que vela el segundo movimiento y el optimismo y gracia como de danzas campesinas del tercer movimiento, han propiciado que esta sinfonía sea denominada la “pastoral” de Brahms, aludiendo al ejemplo beethoveniano (aunque



con la salvedad de que Beethoven sí intentó descripciones e imágenes campiranas en su sinfonía, mientras que Brahms, como siempre, creó una música pura y sin intenciones programáticas.

Sólo el brioso movimiento final se aleja de ese carácter exuberante, aunque a ratos intercale pasajes más tranquilos y solemnes. El final es un ejemplo de lo que Brahms podía hacer cuando quería hacer música intensa e impetuosa. La **Segunda Sinfonía** tal vez no tenga las novedades de la Primera Sinfonía, la sobriedad y pesimismo de la Tercera o la magistral estructura e innovación de la Cuarta, pero podríamos afirmar, con la subjetividad de siempre, que es la más bella de las sinfonías de Brahms

Brahms compuso las 21 danzas húngaras fueron compuestas para piano a cuatro manos y así se publicaron y se dieron a conocer, aunque después transcribió unas 10 de ellas para piano solo. Con excepción de tres de ellas 11, 14 y 16, que son plenamente originales del compositor, las restantes fueron elaboraciones libres de temas folclóricos húngaros desarrolladas con el natural oficio de Brahms. Las orquestaciones vinieron después; Brahms sólo orquestó las número 1, 3 y 10; mientras que las otras fueron realizadas nada menos que por Antonin Dvořák, además de otros compositores menos conocidos. La **Danza húngara núm. 6** fue orquestada por MARTIN SCHMELING. En épocas recientes, el extraordinario director húngaro IVAN FISCHER realizó y grabó una nueva y original orquestación, con un sabor incluso más auténtico y cercano al folclor húngaro.

RAJMANINOV

La anécdota es muy conocida: la Primera Sinfonía de SERGUÉI RAJMANINOV había sido un fracaso rotundo, recibiendo una crítica devastadora, debido sobre todo a la pobre dirección que tuvo la noche del estreno —está registrado que Glazunov, el director, además de desconocer la partitura, estaba en estado de ebriedad—. También el estreno de su Primer Concierto para piano se encontró con la incomprensión total de público y críticos. El compositor se hundió en la más terrible depresión, que le duró varios años en los que no tuvo valor para volver a componer y apenas, para cumplir con sus compromisos como un gran pianista virtuoso, cuya carrera comenzaba a alcanzar un alto nivel de popularidad.

Tuvo que recurrir a la ayuda de un psiquiatra reconocido de su tiempo, quien lo sometió a un tratamiento ¡de hipnotismo!. Y aunque pueda parecernos extraño en la actualidad, el procedimiento le dio resultado y poco a poco fue saliendo de la sequía creativa que sufría y sobre todo del temor e inseguridad profesional. RAJMANINOV compuso este **Segundo Concierto en do menor, opus 18** y lo tocó en su estreno el 14 de octubre de 1901. La obra tuvo un éxito inmediato y lo que vendría después hubiera sido incomprensible para el compositor: le pedían la obra por todos lados, pronto fue llevada a disco, con una difusión inusitada y se fue convirtiendo en, prácticamente el más popular de los conciertos (tal vez sólo competido por el también popularísimo Primer Concierto de Chaikovski y un poco menos, por el Concierto *Emperador* de Beethoven). El tema principal del tercer movimiento fue muy pronto

uno de los temas más conocidos de toda la música, y fue llevado al cine en diversas ocasiones y hasta convertido en canción con letras ocasionales y cursis.

Sin embargo, a pesar de estos detalles anecdóticos y de popularidad desmedida, el **Segundo Concierto para piano de RAJMANINOV** es una obra maestra, musicológicamente infalible, de especial originalidad dentro del esquema tradicional de los conciertos románticos del siglo XIX, con extremas dificultades técnicas que Rajmaninov incluía pensando en que su virtuosismo no conocía límites y que estaba destinado a que él mismo lo tocara en sus presentaciones. Desde entonces es una obra obligada del repertorio de casi todos los pianistas y aunque la técnica pianística se ha desarrollado mucho a lo largo del siglo XX, “simplificando” muchos escollos que parecían insuperables, a este Concierto sólo le hacen plena justicia los intérpretes más virtuosos, pero que además posean una gran introspección y sensibilidad musical.

Desde el impactante inicio con el piano solista y la majestuosa entrada de la cuerda orquestal en su tesitura más grave y densa, la obra atrapa por partida triple: en el primer movimiento con los dos temas principales, el segundo tal vez más bello aunque el primero es más emotivo, siempre dentro de un contexto de dramatismo y energía. Sin duda, es el atormentado Rajmaninov que aún no cree que ha salido victorioso en su lucha contra el conflicto psicológico que había sufrido.

Atrapa también en el movimiento *Adagio sostenuto*, con varios temas que parecen uno solo, pero de una nostalgia y belleza irrepetibles en su propia obra; y sin duda, nos atrapa Rajmaninov en ese prodigioso tercer movimiento que alterna un tema rítmico y espectacular con un tema romántico y apasionado que se convirtió en el emblema musical del compositor, tema que, afortunadamente, se reitera en el movimiento y que se convierte en el tema victorioso con que culmina el Concierto.

El solista para esta monumental obra será el pianista cubano **JORGE LUIS PRATS**, quien ya se ha presentado con la OFUNAM en repetidas y triunfales ocasiones, sobre todo por su excepcional virtuosismo, seguramente muy cercano al del compositor y capaz de hacer justicia con toda facilidad a las infranqueables dificultades de esta obra magistral.

El director de la OFUNAM en este programa 3 de la Primera Temporada de 2016, será el músico francés MARTIN LEBEL, actual director de la Filarmónica de Montevideo, quien fuera ganador del Concurso Internacional *Dmitri Mitropoulos* y titular de orquestas como la de Nancy, Avignon, Saboya y Bretaña, en Francia, además de, en sus inicios, asistente de James Conlon en la Orquesta Gürzenich de Colonia, Alemania y en la Opera de la Bastille de París.

No hay que perderse este nuevo par de conciertos con la OFUNAM en la SALA NEZAHUALCÓYOTL el sábado 30 de enero a las 20:00 horas y el domingo 31 a las 12:00 horas.